

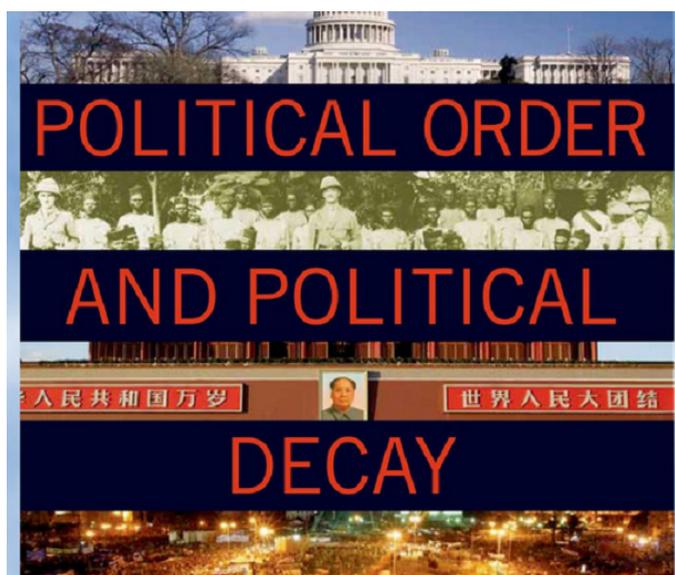
Jéssica Cohen Villaverde y Jose M.^a Blanco Navarro
Analistas de Seguridad Internacional.

Correo: mail@jessicacohenv y blanco.josemaria@gmail.com

RESEÑA

POLITICAL ORDER AND POLITICAL DECAY: FROM THE INDUSTRIAL RE- VOLUTION TO THE GLOBALIZATION OF DEMOCRACY

*Autor: FUKUJAMA, Francis. New York. Editorial: Farrar, Straus and Gi-
roux, 2014. 672 páginas. ISBN: 0374227357.*



El estadounidense de origen japonés Yoshihiro Francis Fukuyama nació en 1952 en Chicago. Politólogo de formación, dispone de amplio repertorio en el ámbito de la política internacional y el desarrollo, aunque el mayor reconocimiento internacional como escritor le llegó en 1992 con la publicación de la obra *The End of the History and the Last Man*, traducida a 23 idiomas. Cursó estudios en las universidades de Cornell, Yale y Harvard y mantiene contacto con el mundo académico impartiendo clases en Stanford. De línea neoconservadora, ha mantenido un activo papel en la política estadounidense en las legislaturas de los últimos tres presidentes, particularmente como miembro del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, en pro del liderazgo mundial de EE. UU. Actualmente es considerado uno de los grandes pensadores de nuestro tiempo.

En *The End of the History* teorizó sobre el fin de la guerra fría y el triunfo de la democracia liberal, que, por encima de toda ideología, el autor considera que marcarán la última etapa de la evolución humana. Si bien la primera edición de este libro salió a la luz en 1992, fue en el verano del 89, meses antes de la caída del muro de Berlín, cuando expuso por primera vez su ensayo sobre el fin de la historia en la revista *National Interest*.¹ Desde el inicio, la confinación de su teoría sobre los postulados hegelianos, circunstancia que le ha permitido exhibir el liberalismo como régimen político homogéneo y universal, le ha valido buena parte de sus críticas. Además, su enfoque, centrado principalmente en el devenir de los pueblos chino y soviético, extrapola conclusiones a las que muchos estudiosos se oponen.

Una de las réplicas más célebres a su exposición la hace Samuel Huntington cuando, en 1993, resta importancia al rol que juega el liberalismo en un mundo en el que el liberalismo no ha llegado a más de la mitad de las regiones, y en el resto no se ha erigido como insoslayable. Así, desde la perspectiva de Huntington, es el choque de civilizaciones y las batallas que este procurará, el verdadero condicionante de la política del futuro.

Political order and political decay, que salió a la luz en septiembre de 2014, ha sido concebida como la segunda parte de *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, publicada en 2011, revelador del pensamiento político de Fukuyama, quien analiza desde la prehistoria hasta la actualidad el auge y la decadencia de las instituciones políticas. Por ello, para calibrar el sentido completo de este autor, se requiere la lectura de ambas obras. Pasar de los orígenes del orden político a la decadencia del sistema de la mano de ambas obras, no solo implica una introspectiva histórica, sino también una crítica de nuestra propia supervivencia.

Para Fukuyama el orden político se basa en tres elementos: el estado, el imperio de la ley y un sistema de rendición de cuentas. La democracia, como expresión de los modelos de rendición de cuentas, precisa previamente de la existencia de un estado fuerte y un imperio de la ley. El orden de estos factores importa mucho, en la teoría de Fukuyama. Muchas naciones disponen de combinaciones diversas de dichos elemen-

1 <https://ps321.community.uaf.edu/files/2012/10/Fukuyama-End-of-history-article.pdf>.

tos, aunque no siempre en el orden correcto: China cuenta con un estado fuerte, pero carece de los otros dos elementos. India, por el contrario, dispone de imperio de la ley y de democracia, pero no de un estado fuerte. El fracaso de diversos países africanos se debe a los intentos por desarrollar una democracia sin disponer de un estado. Japón sería un buen ejemplo de alcanzar la democracia contando con la existencia de un gobierno central fuerte. Aun así, algunos países no han seguido este orden, como es el caso de Estados Unidos, donde ha sido la democracia la que ha generado un estado fuerte, con un gran esfuerzo y a lo largo de muchos años.

Fukuyama sigue considerando que la democracia liberal es el mejor sistema para garantizar el orden político y la prosperidad, y no se percibe alternativa alguna. Algunos otros países, como Dinamarca, por ejemplo, son para el autor una realidad y, a la vez, una metáfora del orden. El caso contrario sería la República Democrática del Congo, el peor caso. El autor analiza los indicios de decadencia, derivados de una inadecuada implementación y observables en el modelo norteamericano: la «*vetocracia*» o capacidad de grupos pequeños de vetar decisiones; la «*repatriomonalización*», derivada de la preponderancia de intereses particulares impuestos por grupos de presión (lobbies, universidades, familias, corporaciones) y ajenos al interés público; los sistemas de rendición de cuentas, que en un sistema muy garantista y burocrático hacen lento y laborioso el proceso de toma de decisiones; y la existencia de élites dirigentes que perpetúan las estructuras de poder. La corrupción, la injusticia y la desigualdad son algunas de las manifestaciones de esta decadencia que exigen urgentes ajustes.

Otra idea clave de Fukuyama es la vinculación entre la guerra y el desarrollo político, y la existencia de conflictos entre naciones que llevan a la búsqueda de un sistema democrático al finalizar, como ocurrió con los países implicados en las dos guerras mundiales. En base a ello, Fukuyama justifica la inestabilidad política de Latinoamérica, interesante análisis, que guarda relación con el publicado en 2015 por Gregory Treverton y Nicholas Taleb en la Revista Foreign Affairs. Antifrágiles, título del último ensayo de Taleb, serían aquellos estados que se fortalecen en medio del caos o del conflicto, como un concepto que va más allá de la resiliencia. Para ello establecen cinco marcadores clave de fragilidad: un gobierno centralizado, una economía no diversificada, un elevado nivel de deuda, ausencia de alternancia política, y ausencia de un pasado y una historia de superación de conflictos. Para estos autores serían antifrágiles, y, por tanto, expuestos a mayores riesgos, países como Arabia Saudita, Egipto, Venezuela, Rusia, Irán, Grecia y, en menor medida, Japón, Brasil y Nigeria.

Sobre el modelo norteamericano destaca otra idea que puede nutrir un debate más allá de dichas fronteras: la inmutabilidad de una Constitución que se toma como sagrada y que limita las capacidades de adaptación de Estados Unidos al nuevo entorno.

En el devenir histórico de los países, que el autor analiza, influyen multitud de factores (identidad, geografía, comercio, tradición o incluso el azar), pero no marcan definitivamente su destino. Las decisiones políticas que se adoptan las que determinan el presente y el futuro y cita a Costa Rica, como ejemplo de un país que ha adoptado decisiones correctas, mientras que en Argentina han sido erróneas.

Es una obra amena, profunda, arriesgada por su dimensión, pero demasiado cauta a la hora de aportar recetas a los problemas planteados o de realizar proyecciones sobre el futuro. Una de las pocas predicciones futuras que realiza es sobre China, considerando que el crecimiento de una clase media fuerte forzará al gobierno a abrir el sistema para evitar una quiebra en el orden político. En ese caso China contará con la ventaja, como se ha expuesto anteriormente, de disponer de un gobierno central fuerte.

Se trata de un magnífico escaparate de pasajes históricos, algunos más en detalle que otros, que deja al lector sin aliento y casi sin esperanza. Aunque el autor se confiesa impotente, su pronóstico es que la decadencia solo puede ser combatida con cambios, aun cuando en una manifestación de humildad, el autor se confiesa impotente para proponer alguno. La obra es un escrito tan corto de modestia, como largo de ambición pues únicamente da cabida a sus premisas y pretende formular un tratado global y universal sobre el orden político, aunque no carente de buenas dosis de realidad. En esta línea, bien puede ser completada su lectura con obras como *The Great Disruption: Human Nature and the Reconstitution of Social Order* o *The End of Order*. En todo caso, un autor y una obra dignos sucesores de los esfuerzos de Alexis de Tocqueville, pensador del siglo XIX e ideólogo del liberalismo.

En un mundo que cambia vertiginosamente, y en el que los factores económicos, sociales o tecnológicos adquieren cada vez mayor importancia, centrar en los estados la garantía de un orden político puede ser uno de los aspectos que más debate merezca. El desarrollo de potentes actores no estatales, la crisis actual de las democracias, la pérdida de confianza ciudadana en las instituciones, el poder de las corporaciones internacionales, el peso de los mercados financieros o la creciente influencia de las grandes ciudades pueden hacer pensar en un poder mucho más difuso y necesitado de nuevos equilibrios.

Como ha mencionado Nik Fraser en *The Guardian*, es uno de esos libros que uno ha de leer, al menos, para no olvidar las advertencias.